

- *Debates IESA* tiene como finalidad promover la discusión pública sobre la gerencia y su entorno, mediante la difusión de información y la confrontación de ideas. Es publicada trimestralmente por el Instituto de Estudios Superiores de Administración, en Caracas, Venezuela.
- *Debates IESA* está dirigida a quienes ocupan posiciones de liderazgo en organizaciones públicas o privadas de toda índole. El objetivo es propiciar la comunicación entre gerentes, funcionarios públicos, políticos, empresarios, consultores e investigadores.
- En *Debates IESA* tienen cabida los artículos que examinen temas de actualidad, análisis de políticas públicas y empresariales, aplicaciones de las ciencias administrativas y hallazgos de las ciencias sociales. Son bienvenidas, también, las exposiciones de teorías y modelos novedosos, reseñas de publicaciones y críticas o discusiones de artículos publicados en ésta u otras revistas.
- *Debates IESA* es una revista arbitrada. El editor enviará una copia anónima de cada artículo a dos árbitros, quienes emitirán alguno de los juicios siguientes: el artículo debe publicarse tal como está, requiere cambios o no debe publicarse.
- Los artículos publicados en *Debates IESA* no expresan consenso alguno, ni la revista se identifica con corrientes o escuelas de pensamiento. Además, los autores pueden estar en desacuerdo. No se acepta responsabilidad alguna por las opiniones expresadas, pero sí se acepta la responsabilidad de darles la oportunidad de aparecer.

Como suele ocurrir en personas, en organizaciones y en las sociedades humanas, después de una catástrofe, todos son expertos en lo ocurrido: excelentes en el análisis y las recomendaciones. Lamentablemente, el aprendizaje ha implicado sacrificios y hasta sufrimiento para unos cuantos; especialmente, para las personas o grupos más vulnerables. Lo insólito es que ese aprendizaje, ese dolor para muchos, podría haber sido evitado si los países tuvieran disposición a aprender en cabeza ajena; concretamente, en las experiencias de otros países. Eso ocurrió aquí en Venezuela: este país no aprendió de la historia de otros países, aun países muy cercanos. Eso ocurre con la inflación. Nada original es Venezuela en lo que respecta a este mal de la economía.

Particularmente lamentable es que, desde hace unas cuantas décadas, hay un enorme acervo de información, conocimientos y teorías a la disposición del mundo para prevenir la inflación, e incluso para enfrentarla una vez que se ha manifestado como consecuencia de una errada política económica. Decir esto es fácil, lo difícil es aplicar los correctivos necesarios, por razones muy diferentes que, entre otras cosas, se refieren al enmarañamiento de factores económicos, sociales y económicos que inhiben la pronta acción efectiva de quienes podrían enderezar la economía.

Venezuela no es Zimbabue, a Dios gracias, pero podría serlo o al menos aproximarse, tal vez mucho más de lo que se piensa, a ese país africano en sus peores épocas inflacionarias. Por eso no puede verse como un lejano país cuyos gobernantes lo llevaron a sufrir hace apenas ocho años una inimaginable inflación de 79.600.000.000 por ciento, cuyo significado es definitivamente incomprensible. Quizás un dato ayude a entenderlo: los precios se duplicaban cada día. Para comprender lo que una hiperinflación puede significar, piense en las angustias de los venezolanos cuando dicen que la inflación de este año superará 600 por ciento.

Desconfianza y más desconfianza: el acelerado y sostenido incremento de los precios corroe las expectativas en las cuales se fundamenta la vida en sociedad. Hay desconfianza entre comerciantes, productores y proveedores, entre consumidores y todo el que venda algo; desconfianza en el futuro, porque los planes tienden a ser vistos como ejercicios inútiles de futurología, aunque el futuro se refiera a un trimestre; desconfianza hacia quienes gobiernan, porque no logran crear una estabilidad que haga la vida vivible con un mínimo sosiego.

Conflictividad y más conflictividad: la fricción entre los intereses de sectores diferentes se agudiza cuando los recursos se hacen cada vez más escasos, al perder capacidad de compra el dinero. Hay conflictos entre patronos y trabajadores: unos luchan por mantener el negocio a flote y otros tratan de mantenerse a flote ellos y los suyos.

Desmoralización de la sociedad: se hace difícil pensar en un futuro porque se reduce el horizonte temporal usado como referencia para programar las actividades de personas y organizaciones. La desmoralización se manifiesta también en la apuesta —consciente o no— contra la moneda nacional, porque más vale tener dólares, euros, pesos o cualquier artefacto, que bolívares. ¿Qué repercusión tendrá este hecho en la autoestima, en particular de quienes menos tienen? Probablemente será demoledora.

Fuga hacia el exterior: la gente trata de ubicarse en sociedades de economías más predecibles, donde la vida sea más previsible, para montar un negocio o manejar un presupuesto familiar. Con la emigración sufren todos: las empresas porque pierden los conocimientos de sus empleados y las personas o familias porque incurren en un costo emocional, cuyas consecuencias son reales aunque sean menos evidentes o medibles, pero de alguna manera se refleja en el producto de la nación, que sí se puede medir.

En este panorama es útil saber que el mundo cuenta con valiosos ejemplos de lucha contra la inflación y de éxito entre quienes, como personas u organizaciones, se han manejado inteligentemente en ese entorno. Llama la atención cómo incluso personas de escasos recursos aprenden rápidamente a sobrevivir, a surfear los embates de la inflación, aun cuando esté vinculada con un segundo monstruo: la escasez. Lo que no se sabe es qué ocurrirá si se desata el monstruo del desempleo, que está allí, a la vuelta de la esquina, si no se aniquila la terrible inflación. 